

Curiosas postales del gigante asiático, milenario y exótico

Marcelo Cantelmi

Milenaria y extraña, pocos casos como el de China, la antigua y la comunista de libre mercado, promueven tantas incógnitas y sospechas fantasiosas en Occidente. Verá que las cosas no son para tanto. ¿O sí? Empecemos por la comida. Las abejas entre otros bichos alados en China y toda Asia no sólo producen miel, vuelan o pican, sino que, junto a ciertos gusanos y algunos otros insectos, suelen terminar en la mesa convertidos en un inesperado manjar. A ojos



occidentales ese plato de criaturas mínimas pasadas por aceite con sus alas transparentes y sus patas abiertas amontonadas con otros bichos de identidad difusa puede provocar alguna arcada. Pero, por si cabe, los asiáticos ven con igual azoramiento nuestro entusiasmo por

masticar todo lo que la vaca lleva por dentro. Con los bichos, como en casi otros aspectos de la vida, después de la primera cucharada parece mucho más sencillo. Y se descubre un sabor único y delicioso, crocante y profundo.

No es lo único que gusta por estos lados. En los mercados de Beijing, Shanghai o Suzhou, se venden atados en palitos alacranes de tamaños y colores sorprendentes. Pequeños y naranjas o negros y gigantes. Es el brochette de la tarde, después del trabajo. Pero no se lo recomiendo.

Las comidas en China son, aparte de estas disgresiones, el paraíso de los naturistas. Sopas con algas o verduras. Arroz y carnes de ave que suelen venir en caldo. Y excepcionalmente un pato laqueado. Sólo a veces aparecen algunos platos con huesos pequeños o grandes de origen no muy precisable que este enviado y sus compañeros de viaje definen como foxterrier o labrador dependiendo del tamaño. Pero en verdad, no es cierto que los chinos coman perro, sí cordero y también cerdo. En las cenas importantes se sirve un aguardiente de arroz que es tan fuerte que este grupo de periodistas la ha bautizado como líquido de frenos. Con el tiempo hemos notado que resulta hasta agradable. Ese licor va en un vaso junto con otro de vino y un restante con cerveza o jugos. Se bebe todo junto. Un sorbo de cada uno.

Los chinos son muy agradables y cálidos, les gusta la comida en compañía, toman la sopa en un desafinado concierto y hablan francamente. Son, eso sí, terribles conductores. Uno anda pronosticando el choque y no se entiende cómo logran birlar a la desgracia zizagueando todo por las calles con sus motos, autos o camiones. La cifra de muertos en accidentes ronda los cien mil al año.

Es muy común toparse con muchachas con sus trajes blancos de boda y el novio y ambas familias completas haciendo la foto por las plazas y los parques.

Los sueldos en general para ese matrimonio que se inicia suelen ser bajos. Unos 12 mil yuanes al año o menos de doscientos dólares mensuales con mucha suerte y dependiendo de la preparación de él o de ambos. A favor, la salud y la educación están garantizadas por el Estado, aunque desde mediados de los 90 la universidad en la China comunista dejó de ser gratuita.

Un salario normal puede llegar a los 400 dólares para un empleado administrativo urbano bien pagado. Pero un ingeniero en informática puede ganar mucho más, hasta dos mil dólares mensuales, una cifra realmente exquisita aquí, pero el beneficiado tendrá que trabajar excluyendo incluso muchas veces el regreso a casa. Desde que se impuso hace 30 años el programa de reforma y apertura que liberó la economía y garantizó la propiedad privada y convirtió en mérito individual hacer dinero, los ingresos están atados a la productividad y la eficiencia. Antes, durante la época maoísta, un trabajador jamás perdía su empleo. Esa garantía ya no existe y si las cosas van mal, se lo despide. Con aquellos ingresos promedio no es sencillo para la pareja casadera comprar su primer departamento. Los precios son altos, de 1.100 a 1.300 dólares el metro cuadrado en el interior o más de 2.000, por ejemplo, en Beijing.

Hay dos formas de llegar a la vivienda propia. Con créditos del Estado que regula la cantidad de metros cuadrados, pero que son convenientes porque es posible obtener casi la mitad del costo de la propiedad y cuotas accesibles.

O con préstamos privados. Ahí no hay restricciones y quien tenga el dinero puede comprarse la cantidad de departamentos que quiera. E incluso, luego alquilarlos. Como los chinos son muy ahorrativos, siempre la familia ayuda para la primera vivienda.

El Estado está empeñado en lograr reducir ese intenso amor por el ahorro de los ciudadanos y persuadirlos para que se lancen al consumo y así mantener los niveles de crecimiento. Una meta ciertamente difícil.

A los chinos también les gusta la Bolsa. En Shanghai, donde funciona la mayor plaza bursátil del país, según las autoridades, el 80% de las familias ha metido alguna plata en acciones o bonos.

Y no les ha ido bien. La Bolsa se derrumbó más de 60% en lo que va del año y son muchas las mujeres que protestan en los diarios por su mala fortuna. ¿Y qué pasa con los hijos? En China, con más de 1.300 millones de habitantes, hay límites estrictos para la natalidad. Sólo un hijo por pareja.

Aunque se admite hasta dos si los padres fueron a su vez hijos únicos. Si hay un nuevo embarazo, se debe abortar. Si se viola esa ley, las sanciones incluyen desde una pesada multa hasta el despido si son trabajadores públicos. Los millonarios zafan de todo eso y en particular algunos artistas adinerados que tienen mucho más que los hijos permitidos. Nada es perfecto.

Clarín, Buenos Aires, 27/10/2008, El Mundo, online. Disponible em: <<http://www.ee.clarin.com>> Acceso em: 27/10/2008.